



Homilía en la fiesta de Santa Teresa de Jesús

IGLESIA DEL MONASTERIO DE LAS MADRES CARMELITAS DESCALZAS
Alba de Tormes, 15 de octubre de 2019

Celebramos este año la fiesta de Santa Teresa de Jesús en el contexto espiritual y apostólico del Mes Misionero Extraordinario propuesto por el Papa Francisco a toda la Iglesia, con el fin de reavivar entre los fieles la conciencia de la misión entre los pueblos que todavía no han recibido el anuncio de Jesucristo, y para promover un nuevo impulso de transformación misionera de la vida y de la pastoral de las diócesis, en continuidad con el programa pastoral expuesto en su exhortación “La alegría del Evangelio”.

Se trata de enraizar la misión universal de la Iglesia entre los pueblos en la pastoral ordinaria de las iglesias particulares y en la vocación misionera de todo fiel cristiano, que brota del Bautismo y del don del Espíritu. Así lo expresa el lema **Bautizados y enviados. La Iglesia de Cristo en misión en el mundo.**

La participación en el Mes Misionero habría de realizarse en las siguientes dimensiones espirituales: El encuentro personal con Jesucristo vivo en la Iglesia; el testimonio de los santos y mártires de la misión; la formación catequética en la misión; la caridad misionera.

La evangelización ha de realizarse bajo el aliento del Espíritu, con el testimonio de la vida y el anuncio explícito de Jesucristo. Es decir, los evangelizadores hemos de ser testigos auténticos que creemos y vivimos lo que anunciamos, permanecemos en la unidad de la Iglesia, buscamos la verdad, y estamos animados por el amor a los hermanos, hasta la entrega de la propia vida.

Así pues, estamos llamados y enviados a evangelizar con el fervor y el ímpetu interior del Espíritu, que nos hace sentir “*la dulce y consoladora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas*” (Evangelii nuntiandi 80).

La Palabra de Dios nos llama hoy a renovar el gozoso encuentro del tesoro del reino de los cielos, iluminados por “*el espíritu de sabiduría*”, que Dios concede a quienes lo suplican con fe y perseverancia.

La sabiduría es el bien de “*riquezas incontables*”, no comparable con ningún otro bien de este mundo; “*los que lo adquieren se ganan la amistad de Dios*”; Por eso nos ha dicho el sabio bíblico: “*con ella me vinieron todos los bienes juntos*”. Santa Teresa formuló esta misma experiencia en su conocido verso: “*Quien a Dios tiene, nada la falta, sólo Dios basta*”. Y nosotros hemos proclamado en el Salmo esta gozosa convicción: “*Dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre... Porque el Señor... da la gracia y la gloria*”.



El anhelo de la sabiduría encuentra su plena satisfacción en la dócil acogida del Espíritu Santo, que nos hace *“hijos de Dios”*, libres de la esclavitud que encierra en el temor, y suscita en nosotros el amor filial y la confianza para clamar: *“¡Abba, Padre!* Con el Espíritu recibimos todos los bienes, es decir, la herencia de los hijos de Dios, coherederos con Cristo: *“Si sufrimos con él, seremos también glorificados con él”*.

Hoy confesamos también con alegría y acción de gracias que el Espíritu ha hecho manar en nuestras entrañas los *ríos de agua viva* que Jesús había prometido a la mujer de Samaría y a todo *“el que tenga sed”*, vaya a él y beba con fe.

Y rogamos al Señor que nos ilumine y aliente con el amor misionero que la mística doctora refleja en este comentario: *“También decís Vos: **venid a mí todos los que tenéis sed, que yo os daré a beber** (Jn 7, 37)... Señor... habed piedad de los que no la tienen de sí; ya que su desventura los tiene puestos en estado que no quieren venir a Vos, venid Vos a ellos, Dios mío: yo os lo pido en su nombre,”* (Exc 9, 1).

Y lo mismo pide Teresa para ella: *“¡Oh Vida, que la dais a todos!; no me neguéis a mí esta agua dulcísima que prometéis a los que la quieren; yo la quiero, Señor, y la pido y vengo a Vos; no os escondáis, Señor, de mí, pues sabéis mi necesidad, y que es verdadera medicina del alma llagada por Vos... ¡Oh fuentes vivas de las llagas de mi Dios; cómo manaréis siempre con gran abundancia para nuestro mantenimiento, y qué seguro irá por los peligros de esta miserable vida el que procurare sustentarse de este divino licor!”* (Exc 9,2). *“Con sola una gota que gusta un alma de esta agua... parece asco todo lo de acá; pues cuando fuere estar engolfada en todo, ¿qué será?”* (V 21,1).

La respuesta a esta pregunta es dada por la Santa en las séptimas moradas. Allí *“se dan las aguas a esta cierva que va herida (Sal 41,2) en abundancia”* (7 M 3, 13). Y el resultado está expresado así: *“Habéis visto los trabajos y aflicciones que han tenido por morir, por gozar de nuestro Señor”; ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle,... que no solo no desean morir, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos... su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado”*. El alma *“tiene (a Dios) consigo, y con aquello se contenta, y ofrece a su Majestad el querer vivir, como una ofrenda, la más costosa para ella, que le puede dar.”* (7 M 3,4).

Con la esperanza de llegar a este ideal, anhelamos seguir dando pasos con la Santa en **el camino hacia la identificación con Jesucristo**, para que el agua viva de su Espíritu sacie la sed en el más profundo centro de nuestra alma y nos fortalezca en la misión a la que sigue hoy enviándonos.

Para iniciar el camino asumimos el consejo que la Santa daba a sus monjas: *“Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco... ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras...Hacerse esclavos de Dios... señalados con su hierro, que es el de la cruz... como Él lo fue... Así que,... procurad ser la menor de todas... mirando*



cómo o por dónde... podéis hacer placer y servir” (7 M 4,9). Hoy podría preguntarnos: ¿Sabéis que es ser discípulos misioneros? Y nos daría una respuesta semejante.

El ejercicio fundamental de la misión del cristiano es su camino de santidad en Cristo, es decir, *“vivir en unión con él los misterios de su vida”* (GaEx 20). **Jesucristo** fue el camino de la santidad de Santa Teresa; por este camino fue intensamente misionera y sigue siendo maestra de los actuales discípulos misioneros.

Teresa pone a Jesús en el centro de su vida.

Nos ha contado cómo vivió su proceso espiritual de identificación creciente con Jesús, a partir de su conversión definitiva: *“Entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar... Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.”* (Vida 9, 1).

En un tiempo de inquietud, porque se le ha prohibido el acceso a los libros de espiritualidad, que eran su alimento diario, el Señor dijo a Teresa: *“No tengas pena, que yo te daré libro vivo”*. Y continúa explicando la Santa: *“Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja impreso lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar! ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones que no las abraza y las ame y desee?”* (Vida, 26, 6).

En varios escritos describe Teresa las muestras de amor que recibe del Señor en la oración. Al narrar cómo el ángel mete en su corazón el dardo de fuego, confiesa que le *“dejaba toda abrasada en amor grande de Dios”* y explica *“ni se contenta el alma con menos que Dios...”*. (Vida, 29, 13). En otras ocasiones recibe de labios de Jesús estas declaraciones de amor: *“Haz lo que es en ti... y no te inquietes por nada. Goza del bien que te ha sido dado, que es muy grande; mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama”* (Cuentas de conciencia 10). *“Ya eres mía y Yo soy tuyo”* (Vida 39, 21). *“Ya sabes el desposorio que hay entre ti y Mí, y habiendo esto, lo que Yo tengo es tuyo, y así te doy todos los trabajos y dolores que pasé y con esto puedes pedir a mi Padre como cosa propia”*; la Santa comenta: *“Desde entonces miro muy de otra suerte lo que padeció el Señor, como cosa propia, y dame gran alivio”* (Cuentas de conciencia 50).

De su unión de amor con el esposo nace su celo misionero.

Ella calificó su época como *“tiempos recios”* (Vida 33,5) y manifestó la necesidad de vivir las dificultades de esos tiempos siendo *“amigos fuertes de Dios”* (Vida 15,5). Y siente estas dificultades en dos ámbitos propios de la misión de la Iglesia: 1) en la



reforma luterana de la Iglesia y en sus consecuencias en España; 2) en la gran tarea misionera de la evangelización del nuevo mundo.

En relación con la reforma de la Iglesia, su respuesta fue la fundación de pequeñas comunidades de monjas que siguieran a Cristo viviendo sencillamente el Evangelio y sosteniendo a toda la Iglesia con una vida hecha plegaria. *“Para esto os juntó Él aquí, hermanas”* (Camino 2,5) y tal fue la promesa: *“que Cristo andaría con nosotras”* (Vida 32,11).

Teresa de Jesús afrontó las dificultades apostólicas de su tiempo con la decisión de *“hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo.”* (Camino 1,2). *“Para hacer Dios grandes mercedes a quien de veras le sirve, siempre es tiempo”* (Fundaciones 4,6). Y, cuando el mundo está ardiendo y se vuelve a sentenciar a Cristo y se pone su Iglesia por el suelo, *“no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia”* (Camino 1,5).

Teresa conoció los esfuerzos de los misioneros por la Evangelización de los indios. Y sintió arder en su corazón la vocación misionera de "salvar almas".

En el Libro de las Fundaciones describe este testimonio: *“Quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no cabía en mí. Fuime a una ermita con hartas lágrimas; clamaba a nuestro Señor, suplicándole diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más. **Había gran envidia a los que podían por amor de nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes**”* (1, 7).

Del amor a Cristo nace la alegría.

Teresa de Jesús invitaba a sus monjas a **“andar alegres sirviendo”** (Camino 18,4) como ella. Esta alegría en el servicio por amor hay que procurarla ya *“a los principios”* (Vida 13,1). Expresa el gozo interior del alma, es humilde y *“modesta”* (cf. Fundaciones 12,1). Se encuentra padeciendo trabajos y dolores (cf. Vida 6,2; 30,8), mirando al Crucificado y buscando al Resucitado (cf. Camino 26,4). Consiste en *“alegrarse que se alegren todos”* (Camino 30,5). La Santa nos dice también hoy a nosotros: *“¡No dejen de andar alegres!”* (Carta 284,4).

Alba de Tormes, 15 de octubre de 2019